

DESTINO CATALUÑA

**Relatos del Primer
Certamen Literario de 2018**



Prólogo de

PERE BALTÀ I LLOPART

Presidente de la Fundación Paco Candel

SÚMA+E

Octaedro 

Colección Horizontes

Destino Cataluña. Relatos del Primer Certamen Literario de 2018

Primera edición: abril de 2019

© De esta edición: Ediciones OCTAEDRO - SÚMATE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17667-31-3

Depósito legal: B. 9958-2019

Diseño cubierta: Tomàs Capdevila

Realización y producción:

Ediciones Octaedro

Bailén, 5, pral. – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

www.octaedro.com

octaedro@octaedro.com

Impresión: Prodigitalk

Impreso sobre papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

PRÓLOGO

Relatos de la Catalunya que quiere ser *un sol poble*

Suele suceder que, para escribir el prólogo de un libro, nos haga falta un espacio de tiempo del que no siempre disponemos, con lo que el encargo es más bien —como suele decirse en catalán— *un compromís a contracor*. En el caso de este libro, no ha sido así por diversas razones, entre las que cuenta el afecto personal por Eduardo Reyes y el reconocimiento a Súmate, que impulsa el «Catalunya, un sol poble», que fue la fórmula mágica de Paco Candel para mantener la cohesión de la sociedad catalana.

La seriedad con que uno se toma estos encargos te lleva irremisiblemente a la lectura, para lo cual es aconsejable ponerse en situación: llena mi ordenador una colección de textos surgidos de la nostalgia que produce la emigración, tanto por el pedazo de mundo que dejas atrás como por la prevención ante lo desconocido que se produce al llegar al lugar donde los tuyos han decidido construir el futuro. Hablo en primera persona,

como ven. Yo también he sentido el desarraigo. Sucedió cuando los míos decidieron echar raíces en otra parte; no obstante la pertenencia a una saga de más de ocho apellidos catalanes... (valga la ironía de una magnífica propuesta cinematográfica en torno a las esencias de dos comunidades aparentemente antagónicas). El *desarrelament* se produjo también en las migraciones internas de Catalunya, mucho antes de que vinieran gentes desde otras partes del Estado.

Nuestros antepasados también supieron de la añoranza cuando —¡por fin!— nos dejaron *anar a fer les Amèriques*. A finales del siglo XVIII el Estado levantó la prohibición impuesta a los habitantes de lo que ahora conocemos como *els països catalans*. Poco después, la industrialización vació nuestro mundo rural para incorporarlo a las colonias industriales que surgieron a lo largo del Ter y el Llobregat y los *vapors*, como se llamó a las fábricas textiles del llano de Barcelona. Después vinieron valencianos, mallorquines y occitanos, a quienes las afinidades de lengua y de costumbres les facilitaron la asimilación; tampoco fue difícil la incorporación social de los aragoneses, que aumentaron su presencia con ocasión de la Exposición Universal de Barcelona de 1888. El eje mediterráneo de aquel entonces trajo después gentes de Murcia y Almería —definidos ambos

como *els murcians*— para la construcción del metro y la Exposición Internacional de 1929.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, todavía hubo migraciones interiores en Catalunya. Mi familia llegó al Prat de Llobregat en 1946, procedente del Alt Penedés, para hacerse cargo de un establecimiento de hostelería al pie de la carretera del campo de aviación, que teníamos muy cercano. Se trataba de vender directamente al consumidor el vino que la familia acumulaba en su bodega. Desde allí vi llegar el aluvión inmigratorio de nuestra larga posguerra. Andaluces, extremeños, manchegos, gallegos y, en menor número, gentes de la meseta que Madrid despoblaba. El *Bar de cal Marcelino* era el punto de encuentro para aquellas gentes que llegaban cargadas de bultos y maletas de cartón atadas con cordeles. Allí mismo conectaban con los *caps de colla*, que inmediatamente los destinaban a las masías, necesitadas de brazos para el cultivo de unos campos cuya producción se exportaba hacia una Europa cuya campaña había sido un inmenso campo de batalla.

Tampoco este país se había recobrado de su propia guerra incivil. Recuerdo el *pa negre* y las cartillas de racionamiento, el estraperlo, los puestos de abastos, las colillas de tabaco reaprovechadas, el *Cara al Sol* y

las *Salvemaría* cantados por decreto. El miedo en el rostro de la gente, el regreso de los confinados en los penales y los campos de concentración... También el retorno de *Rusia* en el Semiramis de los prisioneros de la División Azul. Recuerdo a Franco pasando por delante de mi casa y la represión en las caras de mis amigos llegados del sur, huyendo de las represalias de los señoritos fascistas «por ser hijos de rojos». También vi pasar a Eva Perón y al doctor Fleming, ellos sí, ovacionados por el trigo y por la penicilina, que trajeron esperanza a tanta gente infectada de tuberculosis a causa de la hambruna y la miseria social.

Algunos de mis compañeros de juegos infantiles, más tarde mis amigos, procedían de aquellas familias llegadas en El Sevillano, el tren que los traía hacinados desde el sur. Alrededor de las mesas de mármol de *Cal Marcelino* se contaban historias como las que se relatan en este libro. Crecí con ellas y con ellos. Estuve en las barracas que surgieron como setas en los descampados, estuve en los pisos donde vivían realquilados y amontonados, estuve en los puentes bajo la autovía de Castelldefels donde construyeron habitáculos en cuanto aprendieron a levantar una pared haciendo de *paletes*... Con ellos adquirí la consciencia social que me llevó a denunciar en la prensa de la época que en la comunidad

española con mayor renta per cápita —que era El Prat en aquellos años— hubiera medio centenar de familias viviendo bajo puentes. La propuesta que hice, como conclusión del reportaje, de crear una cooperativa para resolver el problema, fue el origen de la Cooperativa Obrera que, nacida en torno a una de aquellas mesas de mármol del bar que era mi casa, posibilitó un techo digno donde vivir a un millar y medio de familias. Curiosa y contradictoriamente, Catalunya generaba trabajo para una gran multitud, pero no disponía de los techos necesarios para albergarlos. Entre todos supimos gestionar la situación —asociarse siempre ha sido la *manera catalana* de resolver los problemas—, fomentando la convivencia y la cohesión social.

Luego vino el Estado con sus polígonos de viviendas sociales, una nueva fórmula de suburbio que, lejos de generar integración social, desintegraba. Una estrategia, nacida en el seno de la Falange, que aportaba grandes negocios a la oligarquía económica y contribuía a la división social, que le convenía a la dictadura, favoreciendo la invasión pacífica de Catalunya para tenerla atada y bien atada. Todo lo contrario del concepto «un sol poble» que había impulsado un *xarnego* murciano, que no era de Murcia, sino del Rincón de Ademuz, enclave valenciano de habla aragonesa.

Paco Candel entendió con gran intuición y brillantez intelectual que toda aquella gente, su familia y todas las demás, acabarían asumiendo la mentalidad y la manera de vivir del lugar adonde habían llegado, huyendo de la España profunda, marcada por el hambre y el caciquismo. «El hombre no es de donde nace, sino de donde padece», afirma la sabiduría popular. «La tierra hace al hombre», añadió el escritor de Can Tunis, la actual Marina de Sants, pensando que acabarían siendo de aquí con su propio carácter, el amor al lugar que los vio nacer y la gratitud a la tierra que los ayudó a crecer. Son *els altres catalans*, desde el respeto a lo que aquí descubrieron, en cuanto se dieron cuenta de que *les ganes de treballar* és lo que más se aprecia en esta tierra de acogida, junto con el respeto a las costumbres y a la cultura, *les coses d'aquí*.

Cuando he llegado al final del último de los relatos que incluye este libro, he pensado en el acierto de Súmate al convocar un certamen en el que ha sido posible explicar la experiencia vital de quienes un día decidieron mirar hacia Catalunya buscando horizontes. En algunos relatos hay el esplendor que nace de un sueño alcanzado, en otros la satisfacción de la autorrealización, el reconocimiento hacia la sociedad que lo ha hecho posible y, casi siempre, la solidaridad con los sueños colectivos

de libertad de la gente que los acogió con los brazos abiertos. Juntos han superado los prejuicios y han construido una nueva realidad basada en una libertad que ellos descubrieron aquí, en plena dictadura, algo que aquí no se percibía, porque nosotros solo sentíamos la opresión política de una oligarquía que, a ellos, allá de donde venían, les añadía la inmediatez de la opresión social. Quiero decir que, lejos del caciquismo, se sentían libres. Aquí hicieron el hallazgo de una sociedad abierta que los catalanes ni presentíamos. Esto se hace aún más evidente cuando el relato recoge el testimonio de los represaliados políticos desterrados a Catalunya por su fidelidad a la derrocada República desde su condición de maestros, funcionarios e inclusive militares republicanos. Ellos entendieron más que nadie que llegaban a una Catalunya que, pese a una España que veía la mano del diablo en todo lo que nos llegaba de Europa, había sabido importar la Ilustración liberadora desde la universalización de la cultura, al mismo tiempo que desarrollaba la Revolución Industrial y creaba estructuras de convivencia social interclasista.

He de agradecer a Súmate que para escribir el prólogo me haya devuelto a aquel bar, café, taberna, fonda, o lo que fuera, que para mí fue un auténtico ateneo donde se forjó mi propia trayectoria y, para tantas otras per-

sonas como ellos, un punto de encuentro o de llegada. El recuerdo tiene tanta fuerza que no puedo prescindir de esta descripción:

Todavía no he cumplido diez años. Mi abuelo me pide que esté atento en la puerta del bar para llevarle el periódico en cuanto llegue... Cuando se lo entrego me hace leer los titulares más destacados, como ejercicio para practicar la lectura. *I ara, com ho diries en català?*, me incentiva compensando la prohibición de aprenderlo en la escuela. Pronto, un grupo de muchachos de la edad de mi hermano —seis años y medio mayor que yo— me hacen que les lea las noticias de la guerra de Corea, son analfabetos, hijos de anarquistas del sur a los que los franquistas fusilaron. Siempre hablan de Queipo de Llano y de Varela, con rencor. Ahora simpatizan con el socialismo soviético y alimentan el odio contra los yanquis. Leída la crónica desde el paralelo 38, un joven anarquista manchego recién liberado del famoso penal de San Miguel de los Reyes me agarra discretamente del brazo para decirme que tenga cuidado con «aquellos», que allí donde mandan no hay libertad. Paso junto a un hombre mayor que es el *cap de colla* de los arroceros, llegados de Amposta y la Albufera valenciana, y me pregunta si dice algo el periódico sobre Indochina, donde ha luchado un hijo que, tras la retirada

al final de nuestra guerra, los franceses le dieron a escoger entre Franco o enrolarse en la Legión. Al lado tiene un payés *republicanot* que, mirando el entorno, no puede evitar *remugar* a media voz «Què en farem d'aquesta Catalunya?»

Ni aquel payés *esquerp* ni el propio Candel podían imaginar entonces que, pasado más de medio siglo, Catalunya volvería a vivir un momento crucial en el que, precisamente aquella gente, las generaciones de los supuestos *xarnegos* —definición de origen occitano que Candel ayudó a superar—, acabarían siendo fundamentales para construir la Catalunya en libertad que ellos soñaron antes de conocerla. Su ejemplo, más que decir, me hace gritar: ¡*Súmate!*

PERE BALTÀ I LLOPART

Presidente de la Fundación Paco Candel

Nota del editor

En algunos de los relatos que componen este libro, aparecen determinadas palabras o expresiones que, aun sin ser estrictamente adecuadas en la lengua española o en la catalana, según los casos, aportaban una expresividad y una voz propia que se ha decidido conservar. El mismo criterio se ha seguido con relación a la transcripción de ciertos enunciados a fin de que transmitieran matices orales peculiares.

Mis padres, mis héroes

Loli Álvarez Mayordomo

Deberíamos echar la vista atrás y pasear por la memoria de nuestros predecesores para saber que la vida es como un bucle: siempre se repiten las mismas historias, con diferencias de ubicación y nombres, pero con un mismo tronco común. Solo hay una pequeña diferencia entre el momento actual y el punto cronológico del que voy a hablar: la **actitud**.

A lo largo de la historia de la humanidad siempre ha habido movimientos migratorios, bien por necesidad, bien por cuestiones laborales o, simplemente, por curiosidad.

Mis padres sufrieron en su piel este cambio de ubicación de sus raíces. En el caso de mi padre, por la necesidad imperiosa de huir de un futuro inexistente; en el de mi madre, por seguir los pasos de mi padre y formar una familia.

Mi padre y sus once hermanos huyeron despavoridos de su Lanjarón natal, de sus raíces granadinas, para

conservar sus vidas. En el camino fueron perdiendo parte de su sangre y junto con mi abuela, que se marchó con lo puesto y la compañía de sus hijos, aterrizaron en Barcelona, buscando protección y un lugar donde subsistir para alejarse de un pasado violento a manos de mi abuelo, terrateniente y señorito andaluz, patriarca de sangre y un ser abominable en su comportamiento.

De la saga familiar solo quedaron ocho hermanos, y parte de ellos fueron a su vez experimentando lo que es ser un apátrida.

Mi madre era hija de una familia de origen manchego. Vivía en su pueblecito natal, junto a sus tres hermanos y mis abuelos, que soportaron una guerra civil sin carcer, afortunadamente, de lo necesario y básico para todo ser humano: comida y cobijo.

Por cuestiones laborales, el destino situó a mi padre en este precioso pueblo de la serranía de Cuenca, y la chispa del amor los unió y de nuevo se repitió la historia: el rostro de la emigración puso sus ojos en ellos y se trasladaron a Barcelona para formar allí su propia familia.

Eran tiempos de crecimiento en esta industrial ciudad, que progresaba gracias al esfuerzo y el trabajo de muchos emigrantes, que aparcaron su dolor y se entregaron a su nueva patria.

Con muchas horas de trabajo a sus espaldas, que después pasarían factura, mis padres me ofrecieron un lugar donde asentar mis raíces y las de mis hermanos, que crecimos siendo catalanes de sangre, pero manchegos de corazón.

Eran otros tiempos y, aunque Cataluña nos acogió con los brazos abiertos, ya empezaban a apuntar los primeros síntomas de exaltación hostil. Se referían a nosotros, hijos de emigrantes, con la palabra «charnegos», pero en ese momento de nuestra historia solo se trataba de una mera denominación sin tintes de radicalismo social.

Mi madre, ama de casa y dedicada en cuerpo y alma al cuidado de su hogar y su familia, hipotecó su vida y un posible futuro personal para regalarnos su tiempo y un hogar feliz.

Mi padre era el sustentador principal y tuvo que quebrarse literalmente la espalda para que a su mujer y a sus hijos no les faltase todo aquello que a él le fue precozmente arrebatado en su más tierna infancia, y lo logró, quizás a un precio demasiado elevado. Sus interminables jornadas de trabajo le impedían disfrutar de su mujer y sus hijos, pero eran otros tiempos y la palabra *esfuerzo* la llevaban tatuada en su piel.

Mi madre se hizo especialista en el arte del ahorro para afrontar todos los gastos que suponía educar, ves-

tir y criar a sus tres hijos y obtuvo matrícula de honor en la asignatura de malabarismo monetario.

Se integraron en el pueblo y la cultura catalanes, pese a no haber conseguido, a día de hoy, asimilar su lengua.

Su vida ha transcurrido entre dos tierras: la que les ha acogido y les ha brindado un futuro y aquella que los vio nacer. Merece la pena anotar que mi padre adoptó la tierra manchega como su origen, puesto que renunció a su Granada natal por los recuerdos amargos que esta provocaba cuando pensaba en su niñez.

Con el devenir de los años, parte de sus paisanos y demás familiares vinieron a formar parte de esa nueva familia catalana que se estaba gestando y, como todo emigrante, intentó reunificarse, viviendo en proximidad y rememorando momentos dichosos en fechas puntuales.

El valor de la familia era un estandarte y cualquier ocasión era buena para reunirse y recordar.

Aunque hubieran tenido la oportunidad de retroceder en el tiempo y marcharse de nuevo a su tierra, tenían claro que su nuevo hogar les ofrecía amparo y la posibilidad de prosperar.

Sus hijos se han forjado aquí su futuro, la creación de sus propias familias y la posibilidad de continuar el proyecto de vida que sus padres iniciaron.

Yo tengo que reconocer que lo que soy se lo debo a ellos, que mi situación laboral actual es el resultado de su moderación y que he tenido la suerte de amar dos tierras con la misma intensidad, la que me vio crecer y aquella que recibí en herencia de mis padres. Soy rica en emociones y valores, los que me inculcaron paso a paso en el transcurrir de los años.

El premio recibido por mi padre a una vida de trabajo y esfuerzo físico ha sido verse imposibilitado en una cama para el resto de sus días, mientras que a mi madre la lotería de la vida también le ha repartido su suerte: una enorme depresión.

Una vez más, en este caso por prescripción médica, han vuelto a experimentar la amarga despedida de su tierra adoptiva para retornar al pueblito que los vio nacer, y hablo en plural porque incluyo a mi padre, hijo ilustre de dicho paraje manchego.

Pero al comienzo de esta historia he apuntado que todo se repite, que la vida es como un bucle y que pese a las semejanzas entre muchas otras historias como la de mis padres, lo que realmente las hace diferentes en el momento cronológico actual es la actitud.

Sí, la emigración ha existido y continuará con su andadura, pero mis padres tuvieron la suerte de no encontrarse con fronteras, con limitaciones mentales como

las que tienen que afrontar actualmente los que deben abandonar sus raíces para hallar un nuevo lugar donde asentarse, formar sus familias, convivir y compartir su lengua y tradiciones.

Definitivamente, somos seres humanos, independientemente de nuestro lugar de residencia, y todos necesitamos del apoyo de los demás para seguir existiendo.

No lo hagamos más difícil, no creemos esa arma letal, que acabará con nuestra especie, llamada **egocentrismo y exclusión**.

Firmado:

Una persona de sangre manchega y corazón catalán.

ÍNDICE

7	PRÓLOGO. Relatos de la Catalunya que quiere ser <i>un sol poble</i>
16	NOTA DEL EDITOR
17	Mis padres, mis héroes
25	Dime, abuelo, ¿cuál de los dos lobos ganó?
37	Billete solo de ida
49	Adiós, Burguillos...
61	Rebelde
73	Barcelona, un sueño cumplido
85	Vértigo
91	El viaje hacia el recuerdo
101	Los zapatos de Carmen
109	Emigrantes por amor

- 115 Emigración a Barcelona de
una familia andaluza
- 129 Un sobrio señor castellano
- 139 Crónicas murciano-catalanas
- 149 El árbol de mi memoria
- 161 Caminos
- 169 Los duros inicios de «los
otros catalanes»
- 177 *Cowboys sense cavall*